

EL HIDROPLANO COMO ENEMIGO DE LAS AVES ACUATICAS.

POR

RAFAEL BARROS V.,
Ingeniero Agrónomo U. C.

Diversos naturalistas y personas amantes de la conservación de las aves, de los mamíferos, y de la fauna en general, se han preocupado seriamente de la funesta influencia del automóvil, señalando el gran peligro que encierra este medio de transporte con que cuentan los cazadores para llevar la muerte y la destrucción a largas distancias de sus residencias, con suma facilidad y rapidez, sometiendo a su fatal acción

regiones que eran muy poco visitadas, y por lo cual constituían reservas naturales.

Me referiré ahora a otro medio mucho más rápido todavía, mediante el cual, el enemigo de la naturaleza puede trasladarse a distancias mucho mayores en menor tiempo: es el transporte aéreo y sobre todo el hidroplano.

A los elementos de destrucción que el hombre poseía, viene a agregarse éste, cuya acción podría llegar a ser fatal para la conservación de ciertas especies de aves, si su empleo en la caza no se prohibiese en debida forma.

En la mañana del 24 de Enero de 1931 ví cinco cisnes de cuello negro, *Cygnus melancoryphus* (Molina), en el lago de Vichuquén, desde el estrecho camino de herradura que va de Llico a aquel pueblo, empinándose y retorciéndose por los cerros que lo bordean por el norte y desde el cuál se domina el imponderable panorama que combinan el lago azul, el mar con su ancha franja de olas y espuma, las dunas con sus bosques, los cerros y las lagunas de Torca y El Agua Dulce. Tres cisnes había cerca de La Punta, y a poco más de un kilómetro de los primeros había una pareja junto a la orilla. Esas aves estaban impedidas para volar, a causa de la muda de las plumas grandes de sus alas (remigias).

Por la tarde regresé de Vichuquén. A las 5 P. M. llegaba a la cima de los cerros de La Totorilla, por donde dificultosamente asciende el camino en la pedregosa falda. Un confuso ruido de motor hizome sospechar la presencia de algún aeroplano, de los que solían tomar el camino de la costa; luego después repitióse el rumor, y descubrí entonces un avión que airosamente avanzaba a unos trescientos metros de altura sobre la tersa superficie del agua. Era un hidroplano de la base de Quinteros que exploraba el lago. Los aviadores, al parecer, tenían el propósito de darse cuenta cabal de su extensión y de los accidentes y gozar de la suprema belleza de aquel lago curicano, que un gran Presidente de la República soñó transformar en el más abrigado puerto. Posiblemente aquellos hombres del aire llevaban la comisión de estudiar esos parajes, con objeto de informar sobre la gran conveniencia de establecer allí una base de aviación naval. De ese proyecto ya se había hablado por la prensa...

¡Pero nó! Era otro el fin de la exploración: sólo se trataba de una correría de cazadores furtivos.

Después de dar una vuelta por el lago, el aparato amarizó con gran maestría cerca de La Punta. Los aviadores, desde su pájaro mecánico, habían descubierto los cisnes que majestuosamente se mecían sobre el agua, ligeramente agitada por

el viento, imposibilitados para alzar el vuelo a causa de la muda, y se aprestaban para la cacería.

A pesar de ser prohibida la caza de esta ave por el Reglamento de la Ley de Caza, y no obstante ser tiempo de veda aquél, luego empezó la despiadada persecución de los indefensos cisnes, corriendo tras ellos el bote volador con asombrosa velocidad, levantando chorros de agua y dejando a su espalda ancha estela de espuma. Las desgraciadas víctimas huían aterrorizadas, haciendo vanos esfuerzos para escapar del enemigo.

En pocos instantes se había consumado la tragedia; una pareja de las nobles aves había caído bajo el plomo de los aviadores, pagando con su vida la grave culpa de su hermosura incomparable.

Cumplida la *proeza*, el hidroplano tomó altura y enderezó rumbo a Valparaíso, llevando en su cabina los sangrientos trofeos.

Al descender al plan, con el corazón entristecido e indignado, me crucé con muchos vecinos que regresaban satisfechos a sus casas, desde el lago, a cuya orilla habían acudido a presenciar las interesantes evoluciones de la máquina aérea. Uno de ellos, joven de familia pudiente, venía con la sonrisa en los labios, empuñando una vieja carabina, feliz de haber contribuido a la realización de una inútil brutalidad...

FUNDO ROMERAL (San Francisco), 8-XII-1932.

